

LAS SOCIEDADES INDÍGENAS DE LA REGIÓN PAMPEANA EN EL PERÍODO COLONIAL

THE INDIGENOUS SOCIETIES OF THE PAMPEAN REGION IN THE COLONIAL PERIOD

Sara Ortelli¹

Recibido 16 septiembre 2024. Aceptado 7 diciembre 2024

Resumen: La historiografía argentina tradicionalmente excluyó de su campo de estudios a las sociedades indígenas de la región pampeana y las redujo, en el mejor de los casos, a ser telón de fondo de los procesos protagonizados por los hispanocriollos en el contexto de la guerra de fronteras. Esta situación respondía a razones de índole disciplinar y epistemológico, pero también a una mirada político-ideológica que se relacionaba con el lugar que se les dio a estas sociedades en el proceso de construcción y consolidación del Estado Nación a lo largo del siglo XIX. Fueron la Antropología y la Arqueología las disciplinas que se ocuparon de abordar el estudio del pasado indígena y, puntualmente, la Escuela de Viena la que, establecida en Argentina en la década de 1940, analizó a las sociedades que habían habitado la región pampeana y sus adyacencias, la que caracterizó los procesos y enarbó algunos conceptos y categorías que, si bien han sido discutidos y deconstruidos en los últimos años, aún continúan fuertemente arraigados en el sentido común. La renovación historiográfica de mediados de la década de 1980, revisó el esquema y las explicaciones tradicionales, y configuró nuevos paradigmas interpretativos e interdisciplinarios de los que emergió una renovada imagen de estas sociedades, de los procesos que protagonizaron y de su inserción en la historia regional.

Palabras Clave: sociedades indígenas, historiografía, región pampeana, frontera, Estado Nación.

Abstract: Argentine historiography traditionally excluded the indigenous societies of the Pampas region from its field of study and reduced them, at best, to being a backdrop for the processes carried out by the Hispano-Creoles in the context of the border war. This situation responded to disciplinary and epistemological reasons, but also to a political-ideological viewpoint that was related to the place given to these societies in the process of construction and consolidation of the Nation State throughout the 19th century. Anthropology and Archaeology were the disciplines that dealt with the study of the indigenous past and, specifically, the Vienna School, established in Argentina in the 1940s, analyzed the societies that had inhabited the Pampas region and its surroundings, characterized the processes and raised some concepts and categories that, although they have been discussed and deconstructed in recent years, still remain strongly rooted in common sense. The historiographic renewal of the mid-1980s revised the traditional scheme and explanations and configured new interpretative and interdisciplinary paradigms from which emerged a renewed image of these societies, of the processes they carried out and of their insertion in regional history.

Keywords: indigenous societies, historiography, pampas region, border, Nation State.

Introducción

Hasta hace algunas décadas, la historiografía argentina no consideraba la historia de las sociedades indígenas como campo de estudio. En ese contexto, hay dos aspectos que explican la ausencia de una mirada histórica sobre el mundo indígena pampeano. Por un lado, los fundamentos disciplinares, que en el marco del Positivismo del siglo XIX, cuando se fueron conformando y definiendo los campos de injerencia de las Ciencias Sociales, ubicaron a la Historia como la disciplina que estudiaba los hechos del pasado cronológicamente ordenados, a través de documentos escritos, tal como decía la clásica definición que fue repetida profusamente en las aulas y en los manuales escolares. Así, la Historia quedó supeditada a aquellas sociedades que habían producido testimonios escritos a través de los cuales los historiadores se podían documentar y reconstruir el pasado. Las sociedades ágrafas, que no contaban con tales testimonios documentales, quedaban virtualmente fuera de la historia, en el sentido que no era posible acceder a ese pasado.

Así, fueron percibidas como detenidas en el tiempo y sin cambios, como “sociedades sin historia”.

Pero, además de las características que fue adquiriendo el proceso de conformación de las perspectivas disciplinares de las Ciencias Sociales para determinar sus respectivos campos de injerencia, la ausencia de las sociedades indígenas en la historia argentina se explica, por razones de índole político-ideológico, relacionadas con el proceso de construcción y consolidación del Estado Nación. En efecto, a lo largo del siglo XIX fue tomando forma un proyecto, que catalizó hacia finales de la década del 1870, cuando después de años de avance de la frontera, de períodos intermitentes de conflicto y de paz, de negociaciones

¹ IGEHCS-CONICET. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Dirección: Pinto 399, Tandil (7000). Buenos Aires. Argentina. Mail: saraortellihistoria@gmail.com. <https://orcid.org/0009-0005-5557-4751>.

e intercambios, desde el poder centralizado en Buenos Aires, se decidió arremeter sobre los territorios que aún quedaban en control de las sociedades indígenas. Ese fue el proceso conocido como “conquista del desierto”, llevada a cabo entre 1878 y 1879 por el general Julio A. Roca, entonces Ministro de la Guerra y futuro Presidente de la República. Esa “conquista” sentó las bases de la consolidación del Estado nación, permitió incorporar miles de hectáreas ubicadas al sur del espacio fronterizo, terminó de definir los límites con Chile y pasó a convertirse en una de las gestas fundamentales del discurso oficial y de la naciente historia nacional. Las consecuencias de ese proceso, es decir, la gran cantidad de muertes, la desarticulación de las sociedades indígenas, la reubicación de familias enteras en otras latitudes del país, el confinamiento en campos de concentración, la reducción a la semiesclavitud de población adulta e infantil, el virtual genocidio, fueron invisibilizadas y borradas de la historia oficial.

El proyecto de Nación liberal consolidó el mito de la “Argentina moderna” y justificó el avance sobre los territorios indígenas, al mismo tiempo que encubrió sus motivaciones profundas: la necesidad de tierras para sostener el proyecto de una economía agroexportadora que permitiera integrar al país al sistema económico mundial. La élite en el poder -la llamada Generación del 80- miró a Europa, propició el traslado y asentamiento de inmigrantes provenientes de ese continente que vinieran a poblar el suelo argentino, y construyó la idea de una Nación “blanca” y culturalmente homogénea. La denominada *cuestión indígena* y el problema de las *fronteras interiores* fueron debatidos en el marco de los intentos de pacificar el país, consolidar el Estado y construir la Nación. Así, se articuló un relato de la historia, que seleccionó hechos, personajes y efemérides, que contribuyeron a fundamentar y a consolidar el proyecto de Nación. En ese relato histórico, que fue transmitido durante años por la educación, no tuvieron lugar los pueblos nativos, a los que no se reconoció como parte de nuestra raíz e identidad, y se los identificó como bárbaros, salvajes, enemigos del progreso, que debían ser combatidos y eliminados para llevar a sus territorios la “civilización”.

En síntesis, por todas estas razones, y hasta hace varias décadas, las sociedades indígenas de la región pampeana no fueron consideradas por los historiadores como parte de su campo legítimo de estudio. En su lugar, fue la Antropología la que se ocupó de ellas. Y, en el marco de esa disciplina, una Escuela muy particular que, por avatares de la historia, se sentó en nuestro país. En efecto, desde alrededor de 1930 y durante décadas, los estudios antropológicos estuvieron dominados en Argentina por los postulados teóricos y metodológicos de la Escuela Histórico-Cultural o Escuela de Viena (también conocida como escuela de los “círculos y ciclos culturales” o *Kulturkraise*) que, favorecida por el vacío teórico que presentaba la disciplina, ejerció una profunda influencia, determinó temas y problemas, y marcó las formas de abordar los estudios y las líneas de investigación (González, 1990). Los etnólogos, como se definían a sí mismos, que trabajaron en Argentina, coherentes con la teoría de la Escuela, se fijaron como objetivo central documentar a través de los restos óseos y arqueológicos la evidencia de los “ciclos culturales” involucrados en el poblamiento de América, identificando las distintas etnias y sus niveles culturales (Bórmida, 1953, p. 54). Para el caso del área pampeana trataron de indagar, a través de los documentos de los siglos XVI al XVIII si el grupo que aparecía en las fuentes bajo la denominación de “pampas” constituía una etnia diferente. Se trataba del período previo al proceso que

denominaron de “araucanización”, que habría tendido a imprimir rasgos comunes a toda la región, borrando las identidades raciales, lingüísticas y culturales anteriores.

Uno de los postulados más cuestionables de esta Escuela era su ultradifusionismo, fundamentado en una supuesta tendencia natural de las sociedades hacia el conservadurismo: por ello, los cambios e innovaciones culturales sólo podían explicarse por la difusión y la historia cultural que se propusieron reconstruir se redujo a la historia de la difusión de las grandes innovaciones culturales y de las migraciones que la hicieron posible. Quedaban sin explicar los procesos de cambio social o de influencia cultural que no hubieran implicado desplazamiento de población. También estaba explícita la idea de la incidencia del medio ambiente sobre el desarrollo cultural, que redundaba en cierto determinismo geográfico (Boschín & Llamazares, 1984).

En el caso de la región pampeana, estos etnólogos explicaron la aparición de elementos culturales de origen *mapuche* o araucano a través de la migración de población y la difusión cultural. Pero argumentaron que, por influencia del medio ambiente y del contacto con la antigua población pampeana, se había producido un cambio en el modo de vida de los grupos provenientes de la Araucanía, que habrían abandonado el sedentarismo y el cultivo de la tierra para convertirse en cazadores ecuestres y depredadores nómadas, carentes de estratificación social (Canals Frau, 1946).

Hoy sabemos que la “araucanización” constituyó un complejo proceso en el que intervinieron la adopción de elementos culturales mapuches a través del comercio y el intercambio. Tal proceso se explica en el contexto de las transformaciones de carácter económico, político y socio-cultural operadas a partir de las relaciones cada vez más fluidas que establecieron los grupos pampeanos tanto con el mundo colonial como con otros grupos indígenas, entre los que se cuentan los tehuelches norpatagónicos, los pehuenches ubicados a ambos lados de la cordillera de los Andes y los mapuches de allende la cordillera (Ortelli, 1996; Mandrini & Ortelli, 1995, 2002).

Esta mirada de los procesos que tuvieron lugar en la región pampeana, comenzaron a ser revisados a mediados de la década de 1980. En ese momento, con el retorno de la Democracia, el regreso de académicos que habían sufrido exilios internos y externos, y la normalización de las universidades, se generaron procesos de renovación de algunos temas en el campo de la historiografía. Uno de ellos fue la denominada historia indígena y de fronteras que, en la nueva etapa, fue incorporada como campo legítimo de los estudios de la disciplina, en el contexto de una serie de transformaciones en las perspectivas de análisis.

En la historiografía tradicional, cuando se habían abordado las relaciones entre las sociedades indígenas americanas y los españoles en las regiones consideradas fronterizas, había prevalecido la idea generalizada del mantenimiento de relaciones conflictivas, enmarcadas en un cuadro de violencia interétnica, establecidas a través de una frontera de guerra. A partir de una mirada renovada, se comenzó a repensar la idea del desarrollo de relaciones exclusivamente violentas y se cuestionó el esquema clásico del enfrentamiento entre sociedades antagónicas, españoles y nativos. Estos estudios fueron mostrando otra cara de las relaciones fronterizas, a partir de la participación de los grupos indígenas que habitaban estas regiones en vastos circuitos de comercio e intercambio -basados en la circulación en gran escala de ganado, fundamentalmente caballar- que los vincularon con los establecimientos coloniales (Mandrini, 1993; Palermo, 1989; León Solís, 1991). En este contexto, se entendió

rápida que los procesos y los circuitos de comunicación excedían los contextos regionales y se extendían abarcando amplios territorios, que vinculaban a la región pampeana con el norte de Patagonia y con la Araucanía.

Los indígenas de las pampas: transformaciones económicas y sociopolíticas

Los restos arqueológicos y las referencias fragmentarias de algunas crónicas tempranas señalan que entre fines del siglo XVI y principios del XVII la región estaba poblada por bandas relativamente poco numerosas que basaban su subsistencia en la caza y la recolección. En el interior de las pampas se cazaban guanacos (*Lama guanicoe*), venados de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus celer*), zorros (*Lycalopex*) y armadillos (*Dasypodidae*) y se recolectaban frutos silvestres y huevos de Ñandú (*Rhea americana*). Hacia el oeste, en la región del monte pampeano, era importante la recolección de semillas, especialmente de algarrobo (*Prosopis*). En el norte, entre los querandíes, el venado reemplazaba al guanaco como principal producto de consumo y algunos grupos situados cerca de los ríos aprovechaban también los recursos fluviales. Distribuidos en forma dispersa, con desplazamiento pedestre y con un alto grado de movilidad, estos cazadores-recolectores representaban un modo de vida generalizado en el territorio pampeano, aunque con múltiples adaptaciones regionales. Los campamentos se establecían junto a lagunas, ríos y arroyos, y sus movimientos tenían itinerarios más o menos fijos determinados por la distribución de los recursos, entre los que podemos mencionar, animales esenciales para la alimentación, el vestido y la construcción de toldos, algunos vegetales y diversas materias primas, como algunas piedras (Mazzanti, 1994a).

Los indicadores arqueológicos muestran un panorama socio-cultural en transformación, a través de la presencia de materias primas e instrumentos novedosos (entre los que aparece la cerámica y los utensilios de hueso) y del incremento en la producción de ciertos elementos (las bolas de piedra para boleadoras y los instrumentos de molienda). Las boleadoras consistían en un lazo de cuero en cuyos extremos se ataban dos bolas de piedra, con las que enlazaban las patas de los animales para derribarlos. Antes del contacto con los europeos los grupos nativos cazaban a pie, pero a medida que los indígenas se familiarizaron con el caballo lo utilizaron para capturar ejemplares de ese ganado cimarrón o salvaje. La incorporación del caballo al modo de vida de estas sociedades, permitió el desplazamiento ecuestre, acortó distancias, y facilitó e intensificó el establecimiento de redes intercambio que superaban el nivel regional (Mandrini & Ortelli, 2002).

Durante la primera etapa del período colonial, las relaciones entre españoles e indígenas al este de la cordillera de los Andes fueron mayormente pacíficas. La ocupación y explotación del territorio por los europeos fue lenta y no determinó choques entre ambas sociedades. La expansión hacia el sur estuvo limitada a unas pocas leguas. Por otra parte, aunque el ganado salvaje, aselvajado o cimarrón, originado en los animales abandonados por los primeros invasores que llegaron a la región, se convirtió pronto en un recurso muy importante para los grupos indígenas, su obtención no generó conflictos con los nuevos habitantes, porque el recurso era abundante.

La guerra que se desarrolló contra las poblaciones españolas

del actual territorio chileno, especialmente a partir de la victoria indígena de Curalaba, determinó la necesidad de gran cantidad de caballos. Así, comenzaron a estructurarse a lo largo del siglo XVII, siguiendo antiguas vías de contacto, extensas redes de comercio e intercambio que unían a los grupos pampeanos con los ubicados del otro lado de la cordillera a través de los pasos andinos. Los pehuenches, asentados en ambos lados de los Andes, participaron activamente en este comercio como intermediarios en el tránsito de ganados y realizando labores de descanso y engorde de los animales que llegaban desde las pampas (Villalobos, 1989). El movimiento de guerreros y de ganados a través de los pasos andinos fue constante durante el período de guerra en la Araucanía (León Solís, 1986).

Este flujo hacia el oeste continuó a pesar de que en la segunda mitad del siglo XVII la guerra en la Araucanía redujo su intensidad y que en el siglo XVIII se fue desarrollando un sistema de relaciones predominantemente pacíficas, en la medida en que fue tomando relevancia la dimensión económica de las relaciones en detrimento del aspecto militar. Para ese momento, los grupos indígenas pampeanos, enmarcados en un contexto histórico y económico diferente, a partir de la profundización de las relaciones con la población española e hispanocriolla ubicada en la frontera, habían modificado profundamente su economía, su estructura sociopolítica y sus patrones culturales.

La presencia de los europeos en territorio rioplatense desde fines del siglo XVI, la introducción de nuevas especies animales y vegetales y la ampliación e intensificación de las relaciones entre grupos, contribuyeron al desarrollo de una economía compleja que abarcaba un amplio espectro de actividades integradas a un extenso circuito de intercambios, cuya base era la circulación de ganados a larga distancia (Berón, 1999). Este sistema terminó involucrando a los grupos indígenas pampeanos y norpatagónicos del actual territorio argentino, a los españoles y criollos asentados en la frontera, y a las poblaciones de la Araucanía. Es decir, vinculó a las distintas áreas del territorio indígena entre sí y a éste en su conjunto con las zonas controladas por los hispanocriollos, determinó la integración de estos grupos a distintos mercados regionales y modificó su base económica (Mandrini, 1988; Palermo, 1989).

En el marco de este proceso de transformaciones, a principios del siglo XVIII se hicieron evidentes indicios de la disminución del ganado cimarrón, que se fue profundizando a lo largo del siglo. En este contexto, los malones para obtener animales y cautivos, en los que podían participar miembros de diferentes etnias de ambos lados de los Andes, se tornaron más frecuentes. En ese contexto, grupos originarios de la Araucanía comenzaron a incursionar en las pampas en forma directa y cada vez más sistemática (Falkner, 1974, p. 148-149). Es probable que desde mediados del siglo XVIII comenzaran a diferenciarse dos ciclos económicos que quedaron definidos en el siglo siguiente: por un lado, el "ciclo del ganado", vinculado con los intercambios a larga distancia que superaban el nivel regional, relacionado fundamentalmente con la circulación de ganados en gran escala (básicamente caballos y yeguas y, en menor medida, vacas); por otro, el "ciclo doméstico" vinculado a las actividades desarrolladas en las tolderías destinadas esencialmente a asegurar la subsistencia y la reproducción de las comunidades (Mandrini, 1994).

El primer ciclo integraba una serie de actividades económicas, que comprendían desde la apropiación de ganados en las estancias y poblados ubicados cerca de la frontera, hasta

el desarrollo de una intensa actividad ganadera y pastoril en tierras indígenas. La apropiación de los ganados se llevaba a cabo a través de los malones. Las rutas de circulación de ganados atravesaban el territorio indígena, desde el Río de la Plata hasta el actual territorio chileno, que aparece como el mercado principal de los animales, a través de los Andes (Mandrini, 1994; Viedma, 1938, p. 19-20). El “ciclo doméstico” comprendía las actividades destinadas a satisfacer las necesidades cotidianas de las *tolderías*, tanto las directamente relacionadas con la obtención de alimentos, como las actividades artesanales que consistían en el trabajo del cuero, el hueso, la madera, el tejido y la platería. En síntesis, a diferencia del período precedente, el siglo XVIII se caracterizó por una intensificación de la violencia en la región pampeana. Como corolario de la pacificación de las relaciones entre indígenas y autoridades coloniales en la frontera chilena, las pampas protagonizaron una alternancia de períodos de guerra y paz, lo que contribuye a reafirmar la idea de la estrecha relación existente entre los procesos que tenían lugar a ambos lados de la cordillera (León Solís, 1986, p. 76-78; León Solís, 1991).

El proceso que venimos desarrollando, vinculado a las transformaciones económicas, estuvo acompañado de una serie de transformaciones de carácter sociopolítico en el mundo indígena pampeano: complejización y diferenciación social, concentración de riqueza y poder, y surgimiento de nuevos ordenadores sociales.

Un rasgo fundamental en esas transformaciones sociopolíticas fue el proceso de acumulación de riqueza. En el nuevo contexto, los circuitos ganaderos constituyeron el sostén fundamental de la economía indígena y determinaron, en gran medida, el carácter interdependiente de las relaciones. Así, el indicador por excelencia fue la posesión de ganados que, a su vez, permitían el acceso a otros bienes –objetos de metal, especialmente plata, y tejidos– que adquirieron alto valor económico y simbólico y se convirtieron en la medida de los intercambios. Otro indicador de riqueza fue el número de esposas, ya que las mujeres casi siempre se obtenían por compra (Cruz, 1969-1972, t. II, p. 201 y 331; Sánchez Labrador, 1936, p. 73; Hernández, 1969-1972, t. IV, p. 144; García, 1969-1972a, t. IV, p. 303).

La acumulación de riqueza se vinculaba con la concentración de poder, en la medida en que permitía a los caciques mantener un séquito de “mantenidos” o “arrimados”, que representaban un importante apoyo político a la hora de tomar decisiones en las juntas y parlamentos. Esta concentración permitía, además, incrementar la capacidad de redistribuir, función que redundaba en mayor prestigio para el jefe y era utilizada para asegurar diversas lealtades. La redistribución de los excedentes económicos a partir de su concentración y posterior distribución, constituía una de las bases fundamentales sobre la que se apoyaba el poder del cacique y era utilizada para asegurar el apoyo de los jefes de otras *tolderías*, con los que se pretendía establecer alianzas o emprender acciones comunes. De alguna manera, el manejo de este mecanismo y el control de los excedentes económicos contribuía a determinar el mayor o menor prestigio de un cacique sobre otro y consolidaba las jerarquías (Zizur, 1973).

Hacia mediados del siglo XVIII aparecen evidencias, también, de una tendencia a la transmisión hereditaria del poder entre los miembros de ciertos linajes, llegándose incluso a la conformación de dinastías, especialmente dentro de los grandes cacicatos del siglo XIX. En estos casos se observa que, aunque las reglas de herencia no eran fijas, el sucesor pertenecía a la misma familia y, en gran medida, la posición en el sistema de

parentesco definía y permitía establecer la autoridad. De todos modos, la decisión final en asuntos relevantes, como la firma de tratados de paz o la organización de malones, se discutían en juntas o parlamentos en que participaban los caciques principales y el conjunto de los guerreros o *conas* (Zizur, 1973, p. 84-85; Viedma, 1938, p. 519). El surgimiento de jefaturas en la región podría remontarse a la primera mitad del siglo XVIII (Mandrini, 2000).

En ocasiones, los caciques aliados se trasladaban a los toldos del jefe principal o éste enviaba a sus representantes a parlamentar con otros caciques, en función de tomar decisiones y prestar consejos. El cacique principal cumplía muchas veces la función de intermediario entre el grupo indígena y los representantes del mundo hispanocriollo, representando a su comunidad en casos de conflictos, de rescates de cautivos u otras negociaciones por las que debía ser recompensado con la entrega de regalos preciados entre los indios (Zizur, 1973, p. 82-83, 98 y 103.) El cacique salía beneficiado en estas negociaciones, pues accedía a una serie de bienes de prestigio que podían entregarle tanto los representantes de las autoridades coloniales, como los propios indígenas, por su carácter de intermediario.

Aunque no existían aparatos formales de poder, algunos testimonios de mediados del XVIII consignan que el cacique podía actuar y decidir sobre cuestiones relacionadas con la aplicación de la justicia e intervenir ante determinados conflictos, así como recibir a quienes se ponían bajo su protección, aspecto que contribuía a consolidar su poder ya que un mayor número de mantenidos o gente a su cargo reflejaba mayor concentración de riqueza, redundaba en un incremento de prestigio y representaba apoyo y consenso político (Falkner, 1974, p. 146-147).

Este proceso de transformaciones generó ciertos conflictos al interior del mundo indígena. Por un lado, se manifestaba una puja de poder entre el cacique principal y sus consejeros en torno a quién tomaba las decisiones y determinaba, finalmente, lo que se debía hacer (Zizur, 1973, p. 86-87, 91 y 102). Por otro, entre el poder que podríamos llamar tradicional –representado por *machis*, brujos y adivinos, relacionados con el mundo de lo sobrenatural– y el nuevo tipo de poder representado por el cacique y la incipiente institución de la jefatura. Si bien se evidenció un lento fortalecimiento del poder del cacique y sus juntas de consejeros y allegado, los poderes tradicionales mantuvieron su influencia en el nuevo contexto participando en muchas ocasiones en los parlamentos, y su rol continuó teniendo gran relevancia social (Zizur, 1973, p. 100; Falkner, 1974, p. 146; Cruz, 1969-1972, p. 282-283).

El poder que adquirieron estos caciques se manifestó también en un creciente y más marcado control sobre territorios y recursos claves. Este control y el reconocimiento por parte de otros grupos sobre la jurisdicción territorial de algunos caciques, se expresaba en la necesidad de pedir permiso y obsequiar objetos preciados al jefe principal para atravesar ciertas tierras. El problema de la organización territorial de los grupos que ocupaban la región no es simple. Los caciques principales reconocían como propios –o tenían jurisdicción– sobre ciertos territorios espacialmente acotados, pero acampaban frecuentemente en sectores controlados por otros jefes, en asentamientos compartidos con el cacique local ubicados, generalmente, en las zonas de contacto entre un territorio y otro.

Otro indicador del poder que fueron adquiriendo los caciques fue el incremento en la capacidad de movilizar recursos humanos, especialmente, en caso de guerras y de organización de malones.

Para mediados del siglo XVIII, Cangapol podía movilizar un número elevado de guerreros, provenientes de una alianza entre varias etnias (Falkner, 1974). Por su parte, también Lorenzo parecía tener la capacidad de concentrar y movilizar recursos humanos y contaba con el apoyo de caciques aliados a la hora de llevar a cabo expediciones punitivas sobre la frontera o de vengar agravios de los españoles (Zizur, 1973, p. 81 y 96).

Finalmente, los procesos de diferenciación social también aparecen reflejados en el plano ritual. La complejización de las ceremonias y de los rituales permitió marcar y consolidar las diferencias. Las ceremonias funerarias constituyen un claro ejemplo, porque la forma en que se llevaban a cabo algunos ritos y la presencia de ciertos elementos reflejaba la jerarquía de los muertos. La muerte de un cacique determinaba un despliegue que indicaba claramente su estatus. En primer lugar, los supuestos responsables del hecho –hechiceros, brujos o curanderos, generalmente mujeres– eran sacrificados (Sánchez Labrador, 1936, p. 61). Asimismo, el llanto de las mujeres durante la ceremonia era más o menos prolongado según la calidad del difunto (Sánchez Labrador, 1936, p. 61) El prestigio diferencial de los caciques y sus allegados aparece marcado en las ofrendas funerarias. El cadáver –que según la zona se enterraba o se colocaba en cuevas– era adornado con mantas y paños, elementos que se fueron convirtiendo en indicadores de prestigio frente a las pieles o cueros que antes conformaban el ajuar funerario. También se adornaban con mantas los caballos del difunto, que eran sacrificados durante la ceremonia y enterrados con él. Las ofrendas podían incluir prendas tejidas y objetos de metal, como alhajas, sables y cascabeles; también, chaquiras o cuentas de vidrio, cerámica, prendas de vestir europeas, entre otros objetos (Sánchez Labrador, 1936, p. 62. Ver también Biset & Gladys Varela, 1991, p. 21-28). En este contexto, se ha podido documentar la aparición de la práctica del *suttee* entre las poblaciones pampeano-patagónicas en el siglo XVIII y comienzos del XIX (Mandrini, 1997a).

Las articulaciones del mundo de la frontera: circulación de bienes y de personas

Para la historiografía argentina tradicional la frontera era una línea que dividía dos sociedades y la relación que prevalecía entre ambas era el conflicto. Se definía así una “frontera de guerra” con los indios “bárbaros”. Estos trabajos se centraban casi exclusivamente en el mundo colonial y los indígenas se esfumaban bajo el peso de la idea de “desierto”, de “tierras o espacios vacíos”. Tal enfoque comenzó, no hace mucho tiempo, a desvanecerse. El peso de la documentación –leída desde una perspectiva más amplia que consideraba a las sociedades indígenas como sujetos de la historia y no sólo un telón de fondo de las “historia del hombre blanco”– resultó contundente: la guerra había constituido sólo un aspecto de las múltiples y variadas vinculaciones que los indígenas pampeano-patagónicos mantuvieron con la sociedad hispanocriolla. Desde esta perspectiva, el concepto frontera ya no alude a un límite o línea de separación, ni recrea la visión del enfrentamiento bélico entre dos sociedades esencialmente diferentes, sino que remite a un espacio social, históricamente determinado, donde se encuentran e interactúan dos o más sociedades y donde se recrean nuevas relaciones económicas, sociales, políticas y culturales (Mandrini, 1997b; Weber, 1998).

El carácter de la sociedad rural rioplatense también ha sido redefinido en los últimos años. Durante mucho tiempo los historiadores asumieron que el latifundio, o la gran propiedad territorial dedicada, fundamentalmente, a la producción ganadera extensiva, eran característicos de este espacio desde la época colonial. Investigaciones más recientes demostraron que durante las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras mitad del XIX esta zona rural era, económica y socialmente, compleja y diversificada: convivían en ella varios tipos de unidades de producción y, al contrario de lo tradicionalmente sostenido (y que había contribuido a moldear una imagen distorsionada del proceso histórico pampeano), la ganadería no era la actividad fundamental y excluyente. En ese contexto, la idea de la presencia del latifundio ganadero aparece como una proyección al pasado de una situación que se gestó en las décadas que siguieron al proceso revolucionario (Gelman, 1998).

Los documentos del siglo XVIII brindan numerosas referencias de las relaciones de comercio e intercambio que se establecieron entre los indios pampeanos y los habitantes de la ciudad-puerto de Buenos Aires, a tal punto que el número e intensidad de las transacciones preocupaba a las autoridades. Los contactos culturales también se intensificaron y profundizaron por la presencia de muchos blancos en los asentamientos indígenas: cautivos, refugiados políticos y desertores del ejército que huían para vivir entre los indios, emisarios del gobierno colonial, mercachifles que visitaban las tolдерías.

Numerosos grupos indígenas pampeanos, así como otros provenientes del norte de la Patagonia, de la zona cordillerana e inclusive de la Araucanía, llegaban a comerciar a Buenos Aires y su zona rural, tras realizar largos periplos que demandaban, en ocasiones, varios meses de marcha (AGN, IX, 1.7.4. f. 309 y 1.6.2. f. 485-7). La actividad mercantil que sostenía la economía indígena era la comercialización de ganados –en menor escala sal y plumas– en los mercados trasandinos, tanto indígenas como coloniales. Caballos y mulas, como lo ha demostrado Palermo, dominaban ese tráfico, aunque también circulaban otros animales, como ovejas, cabras, vacas y burros (Palermo, 1989).

La estructura de circulación e intercambio de animales se desarrolló a lo largo del siglo XVII y se consolidó en el XVIII. Comprendía tanto la captura de animales asalvajados –actividad que decreció a lo largo del siglo XVIII–, la apropiación por la fuerza de ganados en estancias y poblados de la frontera y una intensa actividad de cría y pastoreo en tierras indias, como la circulación de esos animales a lo largo de rutas y caminos bien definidos, conocidos como *rastrilladas*. Estas vías de circulación atravesaban el territorio indígena, desde el Río de la Plata hasta la cordillera andina y, a través de los pasos cordilleranos, hasta la Araucanía y Chile (Viedma, 1938, p. 19-20). Además, al mismo tiempo que se iban consolidando estos circuitos, se intensificaron los intercambios con la sociedad bonaerense.

Junto a esta vinculación cada vez más estrecha del mundo indígena con los mercados coloniales, creció su dependencia de los productos de origen europeo. La aceptación y uso de ganados de origen europeos fue sólo uno de los efectos que el prolongado contacto con la sociedad colonial tuvo sobre la vida indígena. Además de animales, los indios incorporaron a su vida cotidiana una serie de productos y hábitos de los cristianos o *huincas*: harinas obtenidas de los cereales europeos, instrumentos y herramientas de hierro, licores y aguardientes, azúcar, la yerba mate, chaquiras o cuentas de vidrio, adornos, telas livianas, añil y diversas prendas de vestir (Ortelli, 1996).

Ahora bien, se trataba en casi todos los casos de productos que no se encontraban o no podían producirse en el territorio indio, siendo necesario obtenerlos de los españoles y criollos en los intercambios fronterizos o, para los grupos situados lejos de las fronteras, mediante intercambios con los grupos indios que actuaban de intermediarios. Así esos productos se integraron pronto a las redes de circulación ganadera, que alcanzaron así a los puntos más lejanos del mundo indígena. Se reforzó así la creciente interdependencia entre los distintos grupos indios de las pampas y de los territorios vecinos, entre éstos en su conjunto y aquellos ubicados allende la Cordillera y, por último entre el mundo indio y la sociedad hispano-criolla.

La participación en los distintos circuitos mercantiles valorizó algunos productos indígenas y estimuló su obtención o su fabricación para volcarlos a los distintos mercados. En consecuencia, allí donde las condiciones lo permitieron, se desarrollaron procesos de especialización económica en torno a ciertos recursos valiosos. Tal fue el caso, por ejemplo, de la obtención de sal entre los pehuenches o la producción de textiles entre los pueblos de la Araucanía. Un caso particular fueron los territorios del sur bonaerense, especialmente la franja que se extiende entre los cordones serranos de Tandil y Ventana, donde los ricos pastizales pampeanos sustentaron se desarrolló un importante núcleo agrario pastoril (Mandrini, 1988; Mazzanti, 1994b). Félix de Azara describió con claridad ese amplio circuito en que se integraba el comercio entre pampas y españoles “Compran sus trajes de pieles y las plumas de avestruz a otros indios que viven al sur del país, por el lado de los patagones; y en cuanto a sus mantas y a sus ponchos los adquieren de los indios de la cordillera y de Chile. Agregan a todas estas mercancías otros pequeños objetos que son de su uso, como hebillas, lazos, riendas de caballos, sal, etc., y vienen a venderlos a Buenos Aires, de donde llevan en cambio, aguardiente, hierba del Paraguay [yerba mate], azúcar, dulces, higos y uvas pasa, espuelas, bocados, cuchillos. Con frecuencia van acompañados por indios de Patagonia y de la Cordillera de Chile, y de tiempo en tiempo los caciques hacen una visita al virrey para obtener algún presente” (Azara, 1969, p. 199).

Así, una proporción importante de los productos necesarios para el mundo indígena eran obtenidos por comercio e intercambio en la frontera y con los habitantes de Buenos Aires. Situado en pleno territorio indígena, el paraje conocido hoy como Puerta del Abra –ubicado entre las ciudades de Mar del Plata y Balcarce– y denominado en el siglo XVIII *Volcán*, es señalado en las fuentes de la época como un punto de intercambio de productos indígenas y europeos. Según Mazzanti, su importancia se vinculaba con la presencia de una ruta indígena que conectaba esta zona, hacia el sur, con las serranías de Ventania y el valle del río Colorado y, hacia el norte, con la campaña rioplatense (Mazzanti, 1994b).

Buenos Aires ejercía una particular atracción. Allí llegaban numerosas partidas de indios por dos motivos: comerciar, o bien saludar, conocer o presentar respeto a las autoridades (el gobernador o el virrey luego de 1776), o para ratificar la paz. Al llegar a la frontera, debían solicitar permiso a los comandantes de los fuertes o *fortines*, y eran acompañados a la ciudad por milicianos o blandengues que debían esperarlos para regresar con ellos. Las cartas o minutas que estos emisarios portaban ocupan hoy una gran parte de muchos legajos de nuestros archivos. Estas relaciones comerciales se desarrollaron con intensidad a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII y no se interrumpieron

siquiera en momentos de conflictividad fronteriza (Mandrini, 1994, 1991).

En este sentido, debe relativizarse la aseveración de algunos observadores de la época que sostenían que a partir de 1790 las relaciones comerciales se intensificaron constantemente favorecidas por las condiciones de paz que imperaron hasta los últimos años de la década de 1810; el proceso parece haberse operado al revés: en realidad, la paz respondió a la estabilización de las relaciones entre ambas sociedades (Mandrini, 1994). Así, por ejemplo, Pedro Andrés García comenta que “en el año 1790 se trató de establecer paz y permitir a los caciques venir a la capital (...) hasta establecer sus artículos de comercio con peletería, plumas y otras pequeneces de su rústica industria” (García, 1969-1972b, t. VIII B, p. 10). Pero, en realidad, la evidencia documental indica que la llegada de delegaciones comerciales indígenas a la ciudad fue una constante en el siglo XVIII en fechas anteriores a la señalada.

¿Quiénes llegaban a comerciar a Buenos Aires? Las autoridades coloniales establecían diferencias entre grupos de indios pacíficos –como los que estuvieron asentados en las misiones jesuitas que hacia mediados del siglo y por poco tiempo se establecieron al sur del río Salado– y otros grupos a los que reconocían como *pampas* o *serranos*, a los que veían como principales responsables de la violencia fronteriza y del robo de ganado y de cautivos. Pero no desconocían que los grupos que llegaban a la ciudad mantenían un activo intercambio con grupos de *tierra adentro*. En ocasiones, además, se denunciaba que estos últimos venían infiltrados con los indios de misión y conseguían, de esa manera, entrar a la ciudad. Incluso indios de la Araucanía (también llamados a veces *aucas* en las fuentes coloniales) participaban de estas actividades y llegaban hasta la frontera para presentarse ante el virrey o para comerciar (Ortelli, 2003). Varios sectores de la sociedad colonial estaban involucrados en el comercio con los indígenas. Entre ellos, uno de los principales protagonistas parece haber sido los pulperos o comerciantes, tanto de la zona rural como de la ciudad. De hecho, algunos pulperos tenían indios en sus casas para utilizarlos como *lenguaraces* –intérpretes– y poder de esa forma comerciar con más facilidad con los grupos que iban llegando (AGN, IX, 1.4.3. f. 240). Por ejemplo, en 1788 se menciona que los indios que llegaban a Buenos Aires se hospedaban en la casa del comerciante don Manuel Izquierdo (AGN, IX, 1.6.3., f. 109), quien pronto mantendrá una dura competencia con Blas Pedrosa, un cautivo fugado de las tolderías y reinstalado en Buenos Aires. También los militares asignados a las guardias fronterizas se beneficiaban de este tránsito de indios y comerciaban con las partidas que iban llegando (Ortelli, 2003).

Uno de los productos más codiciados era el aguardiente, cuya venta era criticada por las autoridades que veían en el consumo de alcohol el origen de la conducta violenta y revoltosa que, según ellos, caracterizaba a los indígenas. El comercio de alcohol fue incorporado más tarde como un instrumento de dominación política al tratar de hacer dependientes de su consumo a los indios. La principal iniciativa para ponerla en práctica la tomó Bernardo de Gálvez, sobrino de José de Gálvez, quien defendió la idea de cooptar a los indígenas no sometidos a través del comercio y fundamentalmente del consumo de alcohol, inspirado en el sistema francés que había visto en funcionamiento en el Mississippi (Weber, 1998.). Existen algunas referencias directas a este fenómeno, expresadas por los propios protagonistas, que hablan de la llegada de delegaciones de comercio araucanas

provenientes de Chile, con productos para canjear en las pampas (AGN, IX, 1.6.1., f. 611 y 1.7.4. f. 507). A las autoridades les preocupaba la existencia de estos contactos, ya que no sólo alimentaban un activo comercio, sino que eran fuente de intercambio de información y noticias que beneficiaba a los grupos de *tierra adentro*. Incluso, se sospechaba que en muchas oportunidades éstos llegaban infiltrados a comerciar a Buenos Aires.

El comercio con los vecinos de Buenos Aires y de la zona rural rioplatense era de fundamental importancia para los indígenas, ya que les permitía el acceso a bienes y productos que habían sido incorporados tanto a las actividades de la vida cotidiana como a las actividades de carácter simbólico. Por su parte, para los vecinos, eran apreciados varios productos que obtenían del comercio con los indígenas. Entre los productos que llevaban a vender los indios figuran en orden de importancia sal, ponchos, plumeros, botas, riendas, caballos, boleadoras, cueros de nutria, cueros de guanacos y mantas (AGI-ME, Charcas, 221, J, 16, 1752, f. 33-33v y 34-34v; AGN, IX, 1.4.2., f. 109; 1.4.5, fs. 265 y 271; 1.7.1., fs. 41, 52, 476 y 482; 1.6.4, fs. 15 bis y 474). La sal era obtenida del sitio conocido como Salinas Grandes, en pleno territorio indígena. También se podía conseguir a través de la organización de expediciones que llegaban a ese lugar, previo trato -como hemos podido constatar en algunos testimonios- con grupos amigos que permitieran el paso por el territorio, pero figura como el principal rubro entre los productos que llevaban los indios (AGN, IX, 1.7.1. fs. 888, 853, 916; AGN, IX, 1.7.1. f. 195; AGN, IX, 1.7.1. f. 213). También merecen atención especial los ponchos. El tejido está ligado al proceso de influencia mapuche sobre las pampas y la presencia de prendas provenientes del otro lado de la cordillera de los Andes aparece registrada, por lo menos, desde el siglo XVI. Los ponchos -que también aparecen mencionados en algunos documentos como camisetas- provenían en su mayor parte de la Araucanía, de donde los traían los serranos, los pehuenches cordilleranos o los mapuches, que incursionaban en las pampas para intercambiar ponchos por ganados, sal, aguardiente y otros objetos.

Reflexiones finales

Se cumplen cuarenta años del inicio de la renovación historiográfica que redefinió e incorporó el estudio de las sociedades indígenas de la región pampeana del período colonial y decimonónico al campo disciplinar de la Historia, y contribuyó, así, a complejizar y a enriquecer los procesos que tuvieron lugar a nivel regional, que permitió comprender las relaciones e interacciones que establecieron estas sociedades con la frontera rioplatense y con el mundo hispanocriollo colonial, con las poblaciones de la región patagónica y con la Araucanía chilena. En estas cuatro décadas, se renovaron y actualizaron planteamientos teóricos y metodológicos, se establecieron y profundizaron líneas de investigación, se conformaron redes y grupos académicos, se articularon acercamientos interdisciplinarios, que son absolutamente indispensables para la construcción de conocimiento sobre las sociedades y los procesos que nos ocupan.

Al mismo tiempo, y a pesar de la profusión, seriedad de los estudios científicos y los avances en las investigaciones, en el último lustro hemos asistido a cuestionamientos y hemos sido testigos de las resistencias que genera en algunos sectores de

la sociedad esta profundización de nuestro conocimiento sobre los procesos históricos que vivieron estas sociedades, de sus formas de organización, de su relación con la territorialidad, de la necesidad de poner en evidencia la invisibilización, el saqueo y el genocidio a los que fueron expuestas, reconocer derechos, reincorporarlas como parte constitutiva fundamental de nuestra identidad nacional, de nuestra memoria e historia, revitalizar un proceso histórico que no se amolda a la historia oficial que fue escrita por las élites liberales. Esa resistencia ha determinado que en los últimos tiempos, desde algunos ámbitos se vengán realizando planteos que pretenden desconocer las características de los procesos históricos de estas sociedades, que insistan en establecer límites nacionales a territorialidades preexistentes al Estado Nación, a territorios ancestrales, sobre los que tuvieron lugar procesos que responden a lógicas diferentes de organización y de relación con el medio.

Las declaraciones de extranjería sobre grupos mapuches, por ejemplo, y el aval de algunas de estas posiciones desde el poder político de ciertas provincias, pero también desde algunos nichos de la academia, nos debe animar a redoblar esfuerzos para continuar actualizando las investigaciones, profundizando las redes académicas y los abordajes interdisciplinarios, nos debe comprometer a difundir y a divulgar el conocimiento en la academia, donde una asignatura pendiente es superar ciertos prejuicios ideológicos e historiográficos que insisten en ver a las sociedades indígena y colonial como aisladas y separadas. Pero también fuera de la academia, en los otros niveles del sistema educativo, y en la sociedad en general, para desplazar las imágenes que se han construido sobre el mundo indígena a lo largo de muchos años y que se arraigaron profundamente en el discurso político-educativo, en sentido común y en el imaginario colectivo.

Agradecimientos

UNICEN -IGEHCs. Al proyecto "Relaciones sociales y modificación del paisaje en la frontera pampeana (Siglo XIX)"; código 03-PIO-127F. Otorgado por la Secretaría de Ciencia, Arte y Tecnología de la UNICEN. Al colega Dr. Julio F. Merlo por la colaboración en la edición de este trabajo.

Bibliografía

- Azara, F. (1969). *Viajes por la América meridional. Contiene la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata*. Madrid: Espasa Calpe.
- Berón, M. A. (1999) Contacto, intercambio, relaciones interétnicas e implicancias arqueológicas, *Soplando el viento. Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia*. Neuquén-Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano: 287-302.
- Biset, A. & Varela, G. (1991). El sitio arqueológico de Caepé Malal. Una contribución para el conocimiento de las sociedades indígenas del noroeste neuquino. En Boschín, María T. (coord.), *Cuadernos de Investigación: Arqueología y etnohistoria de la Patagonia septentrional* (pp. 18-35). Tandil: Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (IEHS-

- UNCPBA).
- Bórmida, M. (1953-54). Los antiguos patagones. Estudios de craneología, *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*. V. VII(1-2), 5-96. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Boschín, M. T. & Llamazares, A. M. (1984). La escuela histórico-cultural como factor retardatario del desarrollo científico de la arqueología argentina, *Etnia*, 32, 101-156. Olavarría: Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce".
- CanalsFrau, S. (1946). Expansion of the Araucanians in Argentine, *Handbook of South American Indians*, 143(2), 761-766.
- Cruz, L. (1969-1972). Viaje a su costa, del Alcalde provincial del muy Ilustre Cabildo de la Concepción de Chile, Don Luis de la Cruz, Desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepcion, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires. En Angelis, Pedro de, *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, t. II (pp. 41-385). Buenos Aires: Plus Ultra.
- Falkner, T. (1974). *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. 2a. ed. Buenos Aires: Hachette.
- García, P. A. (1969-1972^a). Diario de un viaje a Salinas Grandes, en los campos del Sud de Buenos Aires, por el coronel Don Pedro Andrés García. En Angelis, Pedro de, *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, t. IV (pp. 239-391). Buenos Aires: Plus Ultra.
- García, P. A. (1969-1972^b). Nuevo plan de fronteras de la Provincia de Buenos Aires, proyectado en 1816, con un informe sobre la necesidad de establecer una guardia en los manantiales de Casco, o laguna de Palantelen, por el coronel Don Pedro Andrés García. En Angelis, Pedro de., *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, t. VIII B (pp. 597-639). Buenos Aires: Plus Ultra.
- Gelman, J. (1998). *Campeños y estancieros. Una región del río de la Plata a fines de la época colonial*. Buenos Aires: Los Libros del Riel.
- González, A. R. (1990). A cuatro décadas del comienzo de un etapa. Apuntes marginales para la historia de la Antropología argentina. *Anuario del IEHS* 5, 13-28. Tandil: UNCPBA
- Hernández, J. A. (1969-1972). Diario que el capitán Don Juan Antonio Hernández ha hecho, de la expedición contra los indios teguelches, en el gobierno del señor D. Juan José de Vértiz. En Angelis, Pedro de., *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, t. IV (pp. 107-145). Buenos Aires: Plus Ultra.
- León Solís, L. (1991). *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera.
- León Solís, L. (1986). Las invasiones indígenas contra las localidades fronterizas de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800, *Boletín Americanista*, 36, 75-104. Barcelona.
- Mandrini, R. (1988). Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense, *Anuario del IEHS*, 2, 71-98. Tandil: UNCPBA.
- Mandrini, R. (1991). Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana (siglos XVIII-XIX): el caso del suroeste bonaerense, *Boletín Americanista*, 41, 113-136. Barcelona.
- Mandrini, R. (1994). Las transformaciones de la economía indígena bonaerense (1600-1820). En Mandrini, R. & Reguera, A. (Eds.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense* (pp. 45-74). Tandil: IEHS.
- Mandrini, R. (1997a). Sobre el *suttee* entre los indígenas de las llanuras argentinas. Nuevos datos e interpretaciones sobre su origen y práctica. *Anales de Antropología*, XXXI. 1994, 261-278. México: UNAM.
- Mandrini, R. (1997b) Las fronteras y la sociedad indígena en el ámbito pampeano. *Anuario del IEHS* 12, 23-34. Tandil: UNCPBA.
- Mandrini, R. (2000). El viaje de la fragata San Antonio en 1745-1746. Reflexiones sobre los procesos políticos operados entre los indígenas pampeano-patagónicos. *Revista Española de Antropología Americana*, 30, 235-283. Madrid: Universidad Complutense.
- Mandrini, R. & Ortelli, S. (1995). Repensando los viejos problemas: reflexiones sobre la araucanización de las pampas. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, XXII, 135-150. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Mandrini, R. & Ortelli, S. (2002). Los 'araucanos' en las pampas (c. 1700-1850). En Boccara, Guillaume (Ed.), *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)* (pp. 237-257). Quito: Ediciones Abya Yala/Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Mazzanti, D. (1994a). El período tardío en la arqueología bonaerense. En Mandrini, R. & Reguera, A. (Eds.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense* (pp. 31-44). Tandil: IEHS.
- Mazzanti, D. (1994b) Control del ganado caballar a mediados del siglo XVIII en el territorio indio del sector oriental de las serranías de Tandilia. En Mandrini, R. & Reguera, A. (Eds.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense* (pp. 75-89). Tandil: IEHS.
- Ortelli, S. (1996) La 'araucanización' de las pampas: ¿realidad histórica o construcción de los etnólogos? *Anuario del IEHS* 11, 203-225. Tandil: UNCPBA.
- Ortelli, S. (2003). La frontera pampeana en las últimas décadas del período colonial: las delegaciones de indios y el comercio con Buenos Aires. En M. A. Landavazo (Ed.), *Territorio, Frontera y Región en la Historia Americana*. México: Editorial Porrúa - Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Palermo, M. A. (1989). La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos. *Anuario del IEHS*, 3, 43-90. Tandil: UNCPBA.

Sánchez Labrador, J. (1936). *Los indios pampas, puelches y patagones*. Buenos Aires: Viau y Zona Editores.

Viedma, F. (1938). Diario de Francisco de Viedma sobre las exploraciones y descubrimientos en las zonas de Río Negro (1781). *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2(7), 503-552.

Villalobos, S. (1989). *Los pehuenches en la vida fronteriza*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Weber, D. (1998). Borbones y Bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos. *Anuario del IEHS*, 13, 147-171. Tandil: UNCPBA.

Zizur, P. (1973) Diario de Pablo Zizur. *Revista del Archivo General de la Nación*, 3(3), 57-115. Buenos Aires: Archivo General de la Nación.

Fuentes de Archivo consultadas

AGN - Archivo General de la Nación de Buenos Aires, Sala IX.
AGI, Audiencia de Charcas, Copias de documentos, Museo Etnográfico de Buenos Aires.